

**Fernández Druetta, Lelio.***Una mirada atenta*

En esta ocasión, Jean-Paul Margot (Universidad del Valle, Colombia), en tandem de compilador con Rafael Silva (Universidad Icesi, Colombia), vuelve a deleitar el intelecto con la publicación de nuevos ensayos del profesor argentino Lelio Fernández Druetta (1929-2021). Salvo el capítulo 5, titulado “La polémica del *Protágoras* y del *Gorgias*”, todos los demás ensayos yo los desconocía. Leer este libro me permite visitar el pasado y ver en la imaginación a Lelio Fernández, con un par de libros bajo el brazo y cerca del hombro, *fatigando* pasillos —un verbo de Jorge Luis Borges que Lelio también escanció con gusto—, o caminando a paso sabio el campus de la Universidad del Valle, en Cali, Colombia.

A partir de los títulos en el índice para cada uno de los ocho capítulos, es sencillo establecer los temas centrales de *Una mirada atenta*. En ese índice están expresados con contundencia los intereses intelectuales que Fernández frecuentó por décadas: la ética, la moral, Aristóteles, los diálogos de Platón, Michel de Montaigne y Sigmund Freud. Propongo agrupar en tres grupos los ocho ensayos, de acuerdo con tres auditorios de lectores y que quizás fueron imaginados por Fernández cuando este escribía dichos ensayos. El estilo cambia según tres tonalidades: (1) tono amistoso y personal, algo así como una escritura hablada, familiar y cercana para una audiencia adulta y joven, en el contexto de un salón de clase universitaria o de una conferencia distendida (“Investigar la moral”, “¿Ética, moral o qué?” y “Ética y moral”); (2) tono erudito para eruditos, serio y muy informado y

también formal para estudios puntuales y longitudinales de las obras de Aristóteles y de Platón (“El significado de la palabra ‘ética’ en Aristóteles”, “La polémica del *Protágoras* y del *Gorgias*” y “Para la lectura del *Banquete*: eros e ironía”); y, por último, (3) el tono que se dirige a un auditorio adulto y, asimismo, culto (“Michel de Montaigne: su escéptica invención del ensayo” y “Sigmund Freud”).

Me quedan aún por reseñar tangencialmente cuatro anexos que abren y que cierran el volumen *Una mirada atenta*. Me refiero a la “Presentación”, la cual suscribe Jean-Paul Margot; y, al final del libro, los “Créditos editoriales”, una corta noticia “Sobre el autor” de *Una mirada atenta* y “Algunos títulos de la colección” *Varii cives*, que es una de las colecciones del programa editorial de la Universidad Icesi, en Cali, Colombia.

Tal vez me equivoque en el siguiente enunciado, y este que me surge por la referencia anterior a Michel de Montaigne. En todo caso, los colegas colombianos sabrán ponderar la verdad o la falsedad de mi enunciado. Considero que el ensayo de Fernández sobre Michel de Montaigne trae a cuenta a un autor de literatura que, en Colombia, no habría sido particularmente atractivo o de presencia insistente ni en los departamentos de filosofía, ni en los de literatura. En el ensayo sobre Montaigne y allí de modo explícito, Fernández maridó con buen gusto a un escritor francés, que ya por siglos es canónico en la historia de la literatura, con un muy buen ejercicio de teoría literaria. Y, digo *teoría literaria*, esto es, filosofía de la literatura. Fernández ilustra en estas páginas que el género literario *ensayo*, el cual Montaigne habría inventado, revela que la literatura

convoca a filosofar sobre ella misma, o, aún mejor (con Paul Ricoeur): la literatura *da qué pensar* a la filosofía. Por tal motivo, y acompañado por los juicios de Erich Auerbach en *Mimesis* (1946) para quien los *Ensayos* de Montaigne no son un género literario, Fernández transcribe esta contundente afirmación de Auerbach: “[Montaigne] reserva de manera natural ‘ensayo’ y ‘ensayar’ para designar su método intelectual, su estilo de vida, su experiencia de sí mismo”. O, en otros términos: Fernández muestra lo que nos mostraba en sus cursos y en sus clases. Él fue lector insaciable que jugaba a tres bandas, pues exploró con intenso conocimiento a autores de filosofía, de literatura y de psicoanálisis. Me salta ahora mismo un recuerdo con ocasión de escribir la palabra *intensa*. Dos recomendaciones frecuentes Fernández las promovía en su entorno para leer bien y para escribir bien. Más que recomendaciones, son para mí principios-guía que sigo intentando poner en acción. Fernández mismo, en su persona, los encarnó. Vayan ahora: *non multa sed multum* (no muchas cosas en cantidad; sino mucha intensidad con las cosas) y “debemos escribir y leer con el oído”. En su trabajo, quien lea esta reseña mía y pase luego a *Una mirada atenta* estará llamado a articular, en cuanto lector y escritor, tanto la intensidad de la comprensión como la puesta en actitud de escucha de lo leído y de lo escrito.

Me preparo aquí para consignar un par o tres reflexiones nacidas al ritmo de la lectura de unos pocos capítulos de *Una mirada atenta*. Comenzaré por la cola: “Sigmund Freud”, capítulo 8. Este ensayo contiene para mí —desconocedor de la obra de Sigmund Freud— una muy seria introducción, profunda y a la

vez panorámica, de inevitables conocimientos y algo de discusiones centrales sobre el psicoanálisis. Por distorsión profesional, rescataré datos significativos de la relación de Freud con filósofos y documentos filosóficos. Por ejemplo, Fernández recuerda que, mientras la obra de Hegel recibió únicamente la expresión descalificadora y tangencial de “su oscura filosofía” por parte de Freud, el psicoanalista no habría leído obras de Husserl, pero si *Le Rire: Essai sur la signification du comique* (1900) de Bergson. Este último título incluso Freud lo comentó en un libro suyo de 1905: *El chiste y su relación con el inconsciente*. Otros filósofos caros a Freud para la construcción del psicoanálisis fueron Platón y, muy especialmente Schopenhauer, junto con J. Popper-Lynkeus y el grupo de contradictores psicólogo-filósofos bajo la égida de Wilhelm Wundt. Repetir unos pocos títulos que encabezan algunas de sus secciones basta para constatar el carácter introductorio de este ensayo de Fernández: “Represión y resistencia”, “Inconsciente, preconsciente, conciencia”, o “Pulsiones” y “Sexualidad”. No quiero desatender una idea que enseñorea este ensayo. Fernández incluye una larga cita textual de Thomas Mann. La primera oración de ese epígrafe de Mann muestra que para Fernández el saber teórico del psicoanálisis implicaba acciones prácticas para la transformación del mundo. No voy a repetir esa oración. Me limito a complementar el epígrafe con los datos de su origen, los que no aparecen en *La mirada atenta*: Mann, Thomas. “Freud und die Zukunft” [“Freud y el porvenir”], de Thomas Mann, conferencia celebratoria con ocasión, en Viena, del cumpleaños número ochenta de Freud, el 8 de mayo de 1936.

Atrás anote que los tres primeros capítulos conservan el carácter distendido y amistoso de un profesor en diálogo con sus estudiantes. Sin embargo, esto no debe llevar a suponer que esos tres capítulos son alérgicos a la erudición. Por el contrario, Fernández no desaprovecha la ocasión para acercar a su auditorio joven a ideas de filósofos de la ética, del derecho, de la sociología, de la historia, de la antropología o de la etnología, así como a estudiosos de problemas en esos tres campos. La variedad en tradiciones culturales y en lenguas es notable. Por ello, están allí los nombres de Carlos Santiago Nino (Argentina), K. J. Dover (Escocia), Michel Foucault (Francia), Werner Jaeger (Alemania), Aristóteles (Grecia antigua), Thomas Nagel (Estados Unidos) y Jonathan Barnes (Inglaterra), entre otros más —autores conocidos o muchos menos conocidos—. No se trata en todo caso de *disjecta membra*. Por el contrario, en esos tres ensayos está desplegada una biblioteca muy heterodoxa de autores y de libros de la que, como un malabarista hábil, Fernández se sirve para que su lector-oyente compare, diferencie, rechace, apruebe, dude, afirme, pregunte, en fin, *piense la ética y la moral*.

Llego al final de esta reseña y me emociona comentar, por último, el capítulo 5, del que hablé al inicio de estas líneas más. Fernández, con justicia, asegura que hay crescendo polémico entre el *Protágoras* —un diálogo de juventud de Platón— y el *Gorgias* —diálogo de adulterz—. Él encuentra que, en el primer diálogo, a ojos de Platón la persona de Protágoras habría mantenido una preocupación que ambos comparten: “la preocupación por la empresa de convencer a las mayorías sobre lo que es mejor para todos en la

vida social y política” (p. 109). En la expresión “lo que es mejor”, de Fernández, Platón y Protágoras coincidirían en que existe algo no variable ni perecedero: la consecución del Bien a través de la virtud. *Convencer* merece aquí un alto. Conocedor de los trabajos de Chaïm Perelman y de los de Adolfo León Gómez sobre la retórica —este último, colega de Fernández en la Universidad del Valle—, Fernández distingue entre convencer y *persuadir*. Una cita del *Gorgias* de Platón incluida en este capítulo 5 es relevante: “El arte oratorio [aquí sinónimo de retórica o procedimientos discursivos del *réthōr*] no necesita saber en sí mismas las cosas de las que trata. Le basta con haber descubierto cierto procedimiento de persuasión que permite dar, a los que no saben, la impresión de saber más que los que de veras saben” (p. 131). O, en términos de Perelman: con independencia de los mecanismos argumentativos, quiere *convencer* quien tiene en mente a un auditorio universal; quiere *persuadir* quien tiene en mente a un auditorio particular. Si bien Platón piensa que esas “cosas en sí mismas” gozan de una efectividad ontológica absoluta sin ningún condicionamiento de auditórios, hay en Platón y en Perelman universalidad. Para el primero, existe la universalidad ontológica de la idea; para el segundo, la universalidad imaginada del auditorio. Fernández muestra que para Platón tanto *réthores* como *sophistaí* crean simples “simulacros que fascinan” (p. 109, el autor envía a *Gorgias*, 456c). Con todo, descubro que el ensayo de Fernández quedó incompleto. Y esto es así, porque a partir de un estudio sobre los diálogos platónicos cuyo tópico expreso es la retórica o la sofística, Fernández olvidó

integrar un diálogo de vejez de Platón, crucial e inevitable para las discusiones desarrolladas en este capítulo 5. Me estoy refiriendo al *Sofista* (*circa* 367 y 362 a. de C.). Este diálogo, si mal no recuerdo, es cimero en dos sentidos: pertenece al período cuando Platón critica su propio pensamiento en la vejez, es decir, procede a juzgar la filosofía que él mismo construyó. Y, es cimero también, porque en el *Sofista*, Platón no da concesiones a los sofistas —como fue el caso en el *Protágoras* para Protágoras—. Platón aquí es taxativo: los sofistas son comerciantes del no-ser, es decir, de φαντάσματα<sup>1</sup>.

¡Lástima! No alcancé a discutir con el autor de este libro la falta del *Sofista* en su capítulo 5. Como es usual para todos, nuestras cronologías de vida no se intersecan ya más.

Denver, Colorado, 29 de octubre de 2023.

ANDRÉS LEMA-HINCAPIÉ  
 Ph. D. (Ottawa) & Ph. D. (Cornell).  
 Professor of Ibero-American Literatures  
 and Cultures, University of Colorado,  
 Denver, USA.  
 Andres.Lema-Hincapie@ucdenver.edu  
 0000-0003-2333-4313

---

<sup>1</sup> Etimológicamente, la palabra puede ser traducida por “las cosas invisibles” y aquí, en cuanto sinónimo de *no-ser*, también es sinónimo de *nada*.